

CAPITULO LXXXIII.

Autos de fe en Valladolid.—Venida á España de Isabel de Valois.—Su entrada en Toledo.—Cortes de 1560.—Establece Felipe II la corte en Madrid.

PARA dar por completo una idea de la situación en que se encontraba España al regreso de Felipe II, réstanos solo que digamos algo acerca del estado de las cuestiones religiosas que traían tan agitados los Países Bajos y la Alemania, que ocasionaban grandes disturbios en Francia, y que no dejaron tampoco de proporcionar algunos disgustos en la Península.

Por mas cuidado que se tuvo por monarca y gobernantes, por mas que arraigadas con mayor fuerza las creencias católicas en los corazones de los españoles, no encontraron en ellos la favorable acogida que en otras naciones las doctrinas de la Reforma, no pudo sin embargo impedir que penetrasen en nuestro país algunos chispazos del general incendio.

Ya Carlos I, durante el tiempo de su permanencia en Yuste, se habia ocupado diferentes veces de este asunto, aconsejando siempre, tanto á su hijo como á la princesa D.^a Juana, que no tuviesen piedad ni consideración alguna con los herejes, y animando á los individuos del Consejo de la Inquisición á que procediesen en las causas de herejía con el mayor celo y con todo rigor.

No necesitaban estos tales excitaciones, pues teniendo á su frente como inquisidor general á D. Fernando Valdés, arzobispo de Sevilla, á quien llama el historiador Lafuente el Torquemada del siglo XVI, y apoyados en la bula de Paulo IV que facultaba á aquel para relegar al brazo secular á los dogmatizantes, aunque no fuesen relapsos, y á todos cuantos herejes mereciesen pena de muerte, aunque abjurasen de la herejía, si se pudiera creer que lo hacían, *no de ánimo y pura conciencia, sino por temor de la muerte ó por librarse de las cárceles*, tal fervor tuvieron en impedir por medio del terror la propagación de las doctrinas reformistas, que no vacilaron en dar á la humanidad los horribles y repugnantes espectáculos de Valladolid y Toledo.

Poco tiempo despues de la muerte de Carlos I, el 21 de mayo de 1559, verificóse en Valladolid el primero de esos horribles suplicios llamados autos de fe, en que en nombre de una religion toda amor, toda caridad, en nombre de un Dios infinitamente misericordioso se daba muerte en garrote, para quemar despues el cadáver, á los reos de herejía que abjuraban de ella, y se quemaba vivos á los impenitentes.

Treinta y un delinquentes eran los que habian de figurar en esta ceremonia, de los cuales habia catorce condenados á muerte, diez y seis destinados á ser reconciliados con penitencias y castigados despues con diversas penas, y *la estatua y el cadáver de otro destinado igualmente á la hoguera.*

Y tuvo lugar este hecho en la plaza mayor de Valladolid, engalanada como para una fiesta, en la cual se colocó un estrado con grandes departamentos, gradaderas, tribunas y otras varias localidades, y á fin de que pudiera presenciarse el espectáculo el mayor número de gente posible, se levantaron los tejados de las casas del alrededor, y en sus techumbres se colocaron tablados.

Hé aquí en que términos da cuenta un historiador moderno, el Sr. Lafuente, de este suceso:

«Salíó el primero y sentáronle en la silla mas alta del teatro (que así le llamaban) el Dr. D. Agustín de Cazalla, canónigo de Salamanca y predicador del Emperador y del Rey, acusado y condenado á muerte por hereje luterano dogmatizante: habia negado primero y confesado despues, se confesó, comulgó y reconcilió con ejemplo arrepentimiento con fray Antonio de la Carrera; en todo el tránsito hasta el lugar del suplicio fue predicando á sus mismos compañeros de proceso, exhortándolos á retractar sus errores y morir en la verdadera fe, dirigiendo al pueblo y á los mismos sentenciados los consejos mas sanos y ortodoxos, palabras llenas de unción y caridad. Sufrió con resignación cristiana la muerte en garrote, y su cadáver fue despues quemado en la hoguera.»

«2.^o D. Francisco de Vivero Cazalla, hermano del Doctor, Párroco del Obispado de Palencia; se confesó, murió en garrote y fue quemado.»

«3.^o D.^a Beatriz de Vivero Cazalla, hermana también, beata: se confesó, murió en el garrote, y fue quemada. Llevaba sambenito, corozca en la cabeza y cruz en la mano.»

«4.^o La estatua y huesos de D.^a Leonor de Vivero, madre de los Cazallas. Había esta señora muerto en opinión de católica, pero acusada despues de luterana por el fiscal de la Inquisición, por haberse averiguado ser su casa el punto donde se reunían sus hijos con otros luteranos, se la mandó desenterrar, conducir sus huesos en un ataúd al auto de fe, y su efigie vestida del sambenito con llamas, para ser todo quemado; se mandó también arrasarse su casa con prohibición de reedificarla, y que se pusiera en el solar un monumento con una inscripción infamatoria.»

«5.^o D. Alonso Perez, presbítero y maestro de teología; degradado, agarrado y quemado.»

«6.^o D. Cristóbal de Ocampo, vecino de Zamora, caballero de la orden de San Juan, limosnero del gran prior de Castilla y León, id.»

«7.^o D. Cristóbal de Padilla, caballero de Zamora; id.»

«8.^o El licenciado Antonio Herrerueto, abogado de Toro; murió impenitente y fue quemado vivo.»

«9.^o Juan García, platero de Valladolid; se confesó, murió en garrote y se quemó su cadáver.»

«10. El licenciado Francisco Perez de Herrera, juez de contrabandos de la ciudad de Logroño; id.»

«11. D.^a Catalina Ortigas, hija de Hernando Diaz, fiscal del Consejo real de Castilla, y viuda del comendador Loaisa; id.»

«12. Isabel de Estrada, vecina de Pedrosa; id.»

«13. Catalina Roman, beata del mismo pueblo; id.»

«14. Juana Velazquez, criada de la marquesa de Alcañices; id.»

«15. Gonzalo Baeza, portugués, vecino de Lisboa; por judaizante, id.»

Los diez y seis restantes salieron del auto con sambenito, corozca, sogas al cuello, cruz ó vela en la mano y demás signos infamantes, y una vez reconciliados se les condenó á diversas penas como perdimiento de oficios, cárcel perpétua ó temporal, confiscación de bienes, destierro y otras semejantes.

En Sevilla, Zaragoza y Murcia tuvieron lugar también por las mismas causas varios autos, en los que perecieron bastantes herejes luteranos y judaizantes, y al dar cuenta de ellos al Monarca los individuos del Consejo le decían: «Esperamos en N. S., cuya es la causa, dará fuerzas para que todo se haga á gloria suya y como V. M. sea servido.»

Vino Felipe á España, y una vez llegado á Valladolid, dispusieron los inquisidores, sin duda con ánimo de agasjarle, la celebración de un nuevo auto, para el cual habian estado dilatándose las ejecuciones de varios reos, que tuvo lugar el mismo día de su entrada en la corte, despues de haber jurado ante el inquisidor Valdés defender y proteger el Santo Oficio de la Inquisición contra toda clase de enemigos y de escuchar el sermón que predicó el obispo de Cuenca.

Empezado el auto, en que habia catorce infortunados destinados á ser pasto de las llamas, el primero de ellos, D. Carlos de Sero, caballero veronés domiciliado en Castilla y pariente de los Castillas descendientes del rey D. Pedro, fue entregado vivo á la hoguera como impenitente, y una vez en ella, dijo al Monarca: — «¿Con que así me dejáis quemar?»

— «Y aun si mi hijo fuera hereje como vos, yo mismo traería la leña para quemarle.» Tal fue la contestación de Felipe II, muy semejante á la que en otra ocasión pronunció Francisco I de Francia.

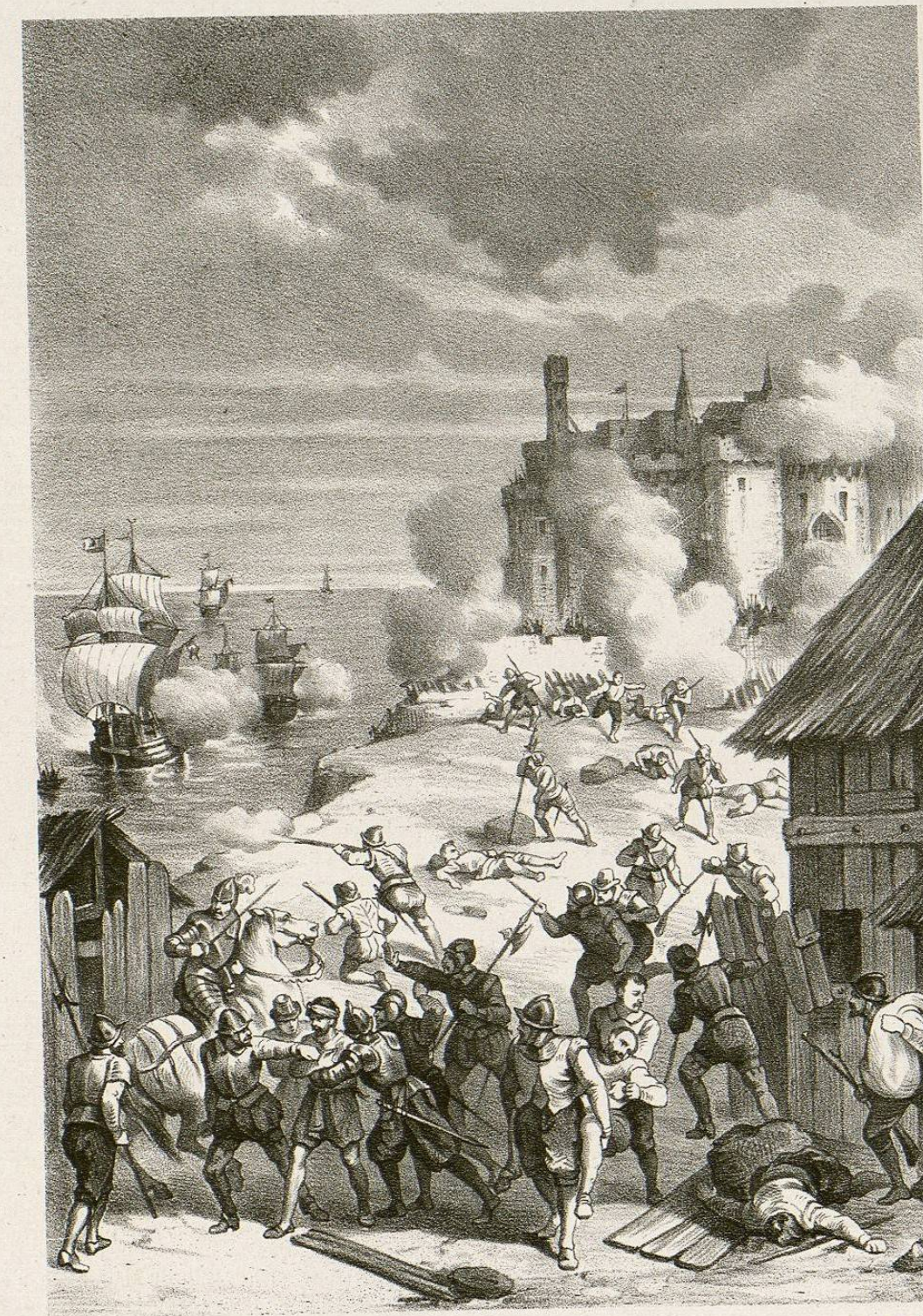
El desgraciado D. Carlos sufrió el fuego con un valor terrible, é igualmente un plebeyo llamado Juan Sanchez, que pasó también por la misma ruda prueba. El Monarca, despues de haber solemnizado con su presencia el espectáculo, marchó para Madrid, Aranjuez y Toledo, en cuyo último punto dió una pragmática por la que prohibía á los españoles «salir de estos reinos á estudiar, ni enseñar, ni aprender, ni á estar ni residir en universidades ni estudios ni colegios fuera de estos reinos;» y mandaba que los que al presente estuviesen fuera de ellos, regresasen en el término de cuatro meses, bajo pena de pérdida de temporalidades y estrañamiento los eclesiásticos, y de perdimiento de bienes y perpétuo destierro los legos. Tal era su empeño de impedir que la herejía echase raíces en España y pudiese propagarse por el contacto de sus naturales con los de otros países! medida que si bajo el punto de vista religioso era necesaria, en cambio contribuyó mucho para el atraso intelectual de España, del cual nos ocuparemos en otro lugar.

Poco tiempo despues de la publicación de esta pragmática abandonó Felipe á Toledo para marchar á Guadalajara á recibir á su esposa D.^a Isabel de Valois, por quien habian ido hasta la raya de Francia el obispo de Burgos y el duque del Infantado. En Guadalajara veláronse ambos consortes y echóles la bendición nupcial dicho obispo, tras de lo cual tomaron todos el camino de Toledo, donde les hicieron un triunfal recibimiento, ejecutándose simulacros de combates, músicas, danzas, mascaradas y otras muchas muestras de regocijo.

Algunos días despues (22 de febrero de 1560) fue jurado y reconocido el príncipe Carlos, en Cortes reunidas al efecto en Toledo, y con este motivo se renovaron las fiestas y se celebró un nuevo auto de fe.

En el mismo año y en la propia ciudad se celebraron nuevas Cortes que hicieron al Rey ciento once peticiones, entre las cuales merecen mencionarse las siguientes: Que el monarca visitara las diversas ciudades del reino para conocer las personas de quienes se podría servir: Que se nombraran jueces para conocer en qué grado habian de ir las causas á Roma á fin de evitar gastos y dilaciones: Que los soldados, reos de delitos contra paisanos, fueran castigados por las justicias ordinarias sin valerles el fuero militar: Que se procurase evitar el lujo dando ejemplo de ello el Monarca, y otras varias sobre prohibición de exportar oro y plata, carnes, cereales, etc.

Terminadas estas Cortes en 19 de setiembre, resolvió Felipe trasladar la corte desde Valladolid á Madrid, á fin, segun dice el historiador Cabrera, de «que tan gran monarquía tuviese ciudad que pudiese hacer el oficio del corazón, que su principado y asiento está en medio del cuerpo para administrar igualmente su virtud á odos los estados.»



DESASTRE DE LOS GELVES.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPÍTULO LXXXIV.

Petición de las Cortes de Toledo relativa al estado de los mares.—Expedición contra Trípoli y desastre de los Gelves.—Reconquista del Peñón de la Gomera.

«**O**troso decimos que aunque V. M. ha tenido siempre relación de los daños que los turcos y moros han hecho y hacen andando en corso con tantas vandas de galeras y galeotes por el mar Mediterráneo, pero no ha sido V. M. informado tan particularmente de lo que en esto pasa, porque según es grande y lastimero el negocio, no es de creer sino que si V. M. lo supiese, lo habría mandado remediar: porque siendo como era la mayor contratación del mundo la del mar Mediterráneo, que por él se contrataba lo de Flandes y Francia con Italia y venecianos, sicilianos, napolitanos y con toda la Grecia, y aun Constantinopla, y la Morea, y toda Turquía, y todos ellos con España y España con todos; todo esto ha cesado, porque andan tan señores de la mar los dichos turcos, y moros y corsarios, que no pasa navío de Levante á Poniente, ni de Poniente á Levante, que no caiga en sus manos; y son tan grandes las presas que han hecho, así de cristianos cautivos como de haciendas y mercaderías, que es sin comparación y número la riqueza que los dichos turcos han havido, y la gran destrucción y asolación que han hecho en la costa de España: porque dende Perpignan hasta la costa de Portugal, las tierras marítimas se están incultas, bravas, y por labrar y cultivar; porque á cuatro ó cinco leguas del agua no osan las gentes estar; y así se han perdido y pierden las heredades que solían labrarse en las dichas tierras, y todo el pasto y aprovechamiento de las dichas tierras marítimas, y las rentas reales de V. M. por esto también se disminuyen, y es grandísima ignominia para estos reinos que una frontera sola como Argel pueda hacer y haga tan gran daño á toda España; y pues V. M. paga en cada un año tanta suma de dinero de sueldo de galeras, y tiene tan principales armadas en estos reinos, podriase esto remediar mucho, mandando que las dichas galeras anduviesen siempre guardando y defendiendo las costas de España sin ocuparse en otra cosa alguna. Suplicamos á V. M. mande ver y considerar todo lo susodicho; y pues tanto va en ello, mande establecer y ordenar de manera que á lo menos el armada de galeras de España no salga de la demarcación della, y guarde y defienda las costas de dicho mar Mediterráneo dende Perpignan hasta el estrecho de Gibraltar, é hasta el río de Sevilla; y V. M. mande señalarles tiempo preciso que sean obligados á andar en corso y en la dicha guardia, sin que dello osen escuder; porque en esto hará V. M. servicio muy señalado á Nuestro Señor y gran bien y merced á estos reinos.»

Con la copia de esta petición, que es la 97.^a que hicieron las Cortes de Toledo, comienza el historiador Lafuente uno de los capítulos de su obra y con la misma comenzamos nosotros, puesto que semejante documento muestra bien á las claras la intensidad del mal que se trataba de evitar, y la oportunidad y conveniencia del remedio que se proponía. Pero costumbre era ya casi inveterada en Felipe no hacer caso alguno de las prudentes observaciones de los procuradores, basadas casi todas en la experiencia, y encaminadas siempre al bien del país, y lejos de seguir el consejo de estos y tener la armada recorriendo las costas españolas, dejése llevar de las escitaciones de gran maestre de Malta y del duque de Medinaceli, virey de Sicilia, que le proponían aprovechar la ocasión de hallarse Dragut en lo interior de Africa guareciendo contra uno de los reyes de Berbería, para emprender la reconquista de Trípoli.

No se mostró el duque de Medinaceli, encargado del mando de la expedición, ni tan activo, ni tan inteligente como debía de esperarse de quien tanto empeño había mostrado en llevarla á cabo, y primero que abandonó á Mesina al frente de cien velas y catorce mil soldados, dió tiempo á que Dragut, vencedor de su adversario, introdujera en Trípoli dos mil hombres de refuerzo y acudiera á Constantinopla en demanda de un auxilio que es lo mas natural obtuviera.

Y no fue esta la única torpeza del Duque, ni la escasez y mala calidad de los alimentos el único obstáculo con que tuvieron que luchar los expedicionarios. En Siracusa perecieron de enfermedades y malas comidas unos cuatro mil de estos, y su jefe, cada vez mas desacertado, cuando pudo salir de allí, en vez de marchar en derecha á Trípoli, se encaminó á la isla de los Gelves, donde malgastó el tiempo, los hombres y los víveres guareciendo con los moros, de cuyo castillo se apoderó, y fortificando este contra el parecer de casi todos sus capitanes.

D. Alvaro de Sande, uno de los mas valerosos de su tiempo, era el único que opinaba en sentido contrario, no pudiendo imaginarse que los turcos accedieran á prestar socorro alguno á Dragut, y así era que se ocupaba con extraordinario ardor en abastecer la fortaleza de cuanto pudiera necesitar.

Sucedió en tanto lo que era de esperar. La armada del Sultan, al mando de Pialá, de terrible renombre en Italia, se encaminó á los Gelves, y su aproximación produjo tal desorden entre la gente del Duque, desorden que aumentó este con su irresolución y aturdimiento, que cada cual pensó solo en su propia salvación, y en la precipitación de la huida muchas naves se perdieron encalladas en los bajos ó estrelladas contra las rocas, y treinta de las mas gruesas fueron apresadas por los turcos que mataron mil hombres é

hicieron cinco mil prisioneros. El desdichado jefe de la expedición y Juan Andrea Doria, sobrino del famoso Almirante, tuvieron la suerte de poder salir de noche del canal con algunas galeras y poder ganar los puertos de Malta y Sicilia; y como cuando una empresa sale mal parece como que todo se conjura para hacerla mas desastrosa, ocurriose al primero la desdichada idea de dejar al valiente D. Alvaro de Sande con una corta guarnición en el castillo que se había fortificado, ofreciéndole que pronto le enviaria socorros.

Mes y medio estuvo D. Alvaro haciendo proezas con un puñado de hombres contra doce mil turcos, sufriendo todo género de escaseces y penalidades, y esperando en vano la llegada del prometido socorro.

«Hambre, sed, calor abrasador, — dice un historiador, — enfermedades, combates diarios, salidas vigorosas, asaltos repetidos, luchas desesperadas, fatigas increíbles, mortandad, miseria, todo lo sufrieron D. Alvaro y los suyos, y no fue poco el estrago que causaron á los enemigos.»

Reducidos ya al último extremo, su valor hizo que Dragut les ofreciera la vida si capitulaban; negáronse altivamente á ello, y haciendo una salida numantina á media noche, forzaron las trincheras, hicieron una horrible matanza de turcos, y peleando contra los genizaros que les cerraban el paso de la tienda de Dragut, perecieron casi todos. D. Alvaro y dos oficiales mas rompieron las filas enemigas, dejando sembrado de cadáveres su camino, ganaron la playa, y subiéndose allí á un buque español barado en la costa, se dispusieron á vender caras sus vidas; en esta disposición les sorprendió el día rodeados de turcos que, admirados de su heroico comportamiento, les intimaron la rendición toda vez que ya no podían conservar esperanza alguna, bajo el seguro de entregarles al almirante turco.

Hízose así, y D. Alvaro con otros varios distinguidos caballeros, entre ellos un hijo del duque de Medinaceli, hechos prisioneros en el combate, fueron conducidos por Pialá á Constantinopla, de donde les envió el Sultan á la torre del Perro, en el mar Negro, en cuyo punto permanecieron hasta que por un tratado de paz celebrado dos años despues entre Soliman y el emperador Fernando, fueron rescatados todos, excepto el hijo de Medinaceli que murió en este intermedio.

El desastre de los Gelves vengóse en cierto modo en Mazalquivir, pues á causa de él, el virey de Argel, Hassen, hijo de Barbaroja, intentó primero marchar con una escuadra á levantar á los moriscos de Valencia, cuyo designio frustró Felipe con sus precauciones, una de las cuales fue la de desarmar á todos ellos; pero alentado Hassen de nuevo por la catástrofe ocurrida á una escuadra de veinte y cuatro galeras que á castigar su intenciona mandaba el Monarca y que se estrelló contra las costas de Málaga en una tempestad, propúsose nada menos que la reconquista de Orán y Mazalquivir, gobernadas respectivamente por el conde de Alcaudete y su hermano D. Martin de Córdoba, sobre las cuales se puso con treinta galeras y cien mil hombres. Once asaltos sufrió Mazalquivir, y once veces rechazó á sus asaltadores con el auxilio de la guarnición de Orán que divertía al enemigo, haciendo frecuentes salidas, y con tan heroica conducta dióse lugar á que acudiendo D. Francisco de Mendoza con una escuadra, acometiera á la enemiga, la apresara nueve galeras y ahuyentara á las restantes, en tanto que las guarniciones de las plazas poco antes tan amenazadas, hacían dos vigorosas salidas y causaban no poco estrago en las tropas de Hassen, que tuvo que levantar el cerco y huir cobardemente á Argel.

Despues de haber recompensado Felipe ámpliamente á cuantos tomaron parte en esta gloriosa jornada, destinó la dicha escuadra, por consejo del gobernador de Melilla, á la reconquista del Peñón de Velez de la Gomera, que estaba siendo un nido de corsarios desde 1622 que salió de nuestro poder. D. Francisco de Mendoza murió al tiempo de salir de Málaga con la expedición, y fue reemplazado por D. Sancho Martínez de Leiva, pero llegado este al Peñón y reunido consejo de capitanes, acordóse en vista de las fuertes defensas que tenían los infieles que no bastaban con las fuerzas que había para acometer la empresa, y la flota tornó de nuevo á Málaga el 6 de agosto de 1563.

Empeñado ya Felipe en la reconquista del Peñón, preparó otra mayor escuadra, cuyo mando confió á D. García de Toledo, el cual, desembarcando en la isla con catorce mil españoles, á tiempo que el alcaide del Castillo Cara-Mustafá, confiado en lo inexpugnable de la fortaleza, había dejado solo una guarnición de doscientos hombres y marchándose con el resto á piratear, aterró á los de dentro con la muchedumbre de sus fuerzas y con desmontarles algunos cañones y abrir algunas brechas en el muro, y el renegado Terret, que había quedado de gobernador, huyó de noche con casi toda la guarnición, dejando solo treinta hombres que á la mañana siguiente entregaron el castillo pidiendo que se les concediese la libertad. Reparó D. García las murallas, dejó la guarnición competente, y regresó á Málaga, donde fue recibido con general aclamación.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO, 25

FELIPE II SOGORRE Á MALTA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.